

MUSEO DE ARTE ISLÁMICO DE QATAR

JOYAS DEL ISLAM

A ORILLAS DEL GOLFO DE ARABIA, EN DOHA, LA OBRA RECÍEN

INAUGURADA DE I. M. PEI A TESORA SIETE SIGLOS DE ARTE MUSULMÁN.

SUS PIEZAS, DE AL-ÁNDALUS A LA INDIA, RECORREN TRES CONTINENTES

ÓSCAR CABALLERO

LOS GRANDES museos nutrieron sus colecciones gracias a pillaje, expolios, botines y, ya más civilizadamente, a las donaciones. El Museo de Arte Islámico (MAI) que se acaba de inaugurar en Doha, capital de Qatar, es resultado del petróleo. En menos de veinte años, el rico Emirato ha ido comprando lo mejor de siete siglos de arte del Islam, incluidas fabulosas piezas que van desde cortinas de seda ricamente ornamentadas procedentes de la Alhambra, hasta un colgante de jade perteneciente a Sha Jajan, que ordenó construir el Taj Mahal en el siglo XVII.

Para envolver la fabulosa colección, la arquitectura del nonagenario arquitecto I. M. Pei, quien a su vez encargó el interiorismo de los 4.500 m² de superficie de exposición a Jean-Michel Wilmotte, colega con quien ya colaborara en la remodelación del Louvre. Ambos trabajaron sin limitación de presupuesto, a partir de una cifra inicial que rozaría los 300 millones.

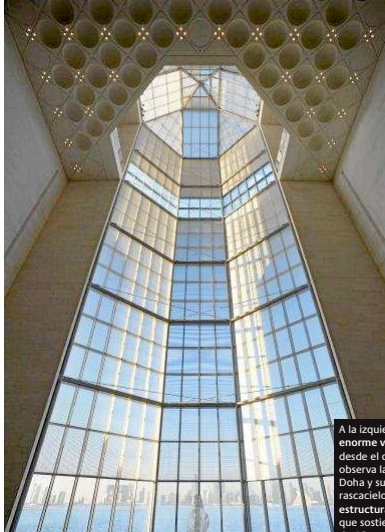
Tanta magnificencia sólo puede ser una respuesta a la política cultural de la vecina Abu Dabi, a tan sólo 400 km, donde se erigen un *Louvre*, obra de

Jean Nouvel, y un *Guggenheim*, de Frank Gehry. Ambos son un anticipo de los cinco museos que se alzarán antes de 2018 en la isla de Sadiyaat.

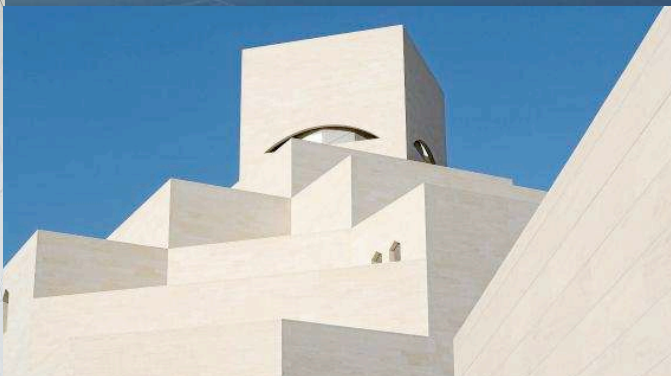
Para competir con sus vecinos, el MAI se encuentra situado en una isla artificial. En el mismo borde del Golfo de Arabia, punteada de palmeras y comunicada por dos pasarelas peatonales y un puente para vehículos, la isla acoge el rompecabezas de cubos y octógonos ideado por Pei, cuyo desplazamiento permite sabios juegos de luz natural. Se puede acceder por una escalera o en un ascensor circular que gira sobre sí mismo y permite observar desde sus ventanas todo el horizonte.

LA INSPIRACIÓN DE PEI

Dentro, en el atrio de mármol, una cúpula –invisible desde fuera–, está enmarcada por un gigantesco artefacto de iluminación de 12 metros de diámetro. Y como el ascensor, también describe un círculo la doble escalera para subir hacia el domo, que cierra el atrio a 55 metros de altura. Pei no aceptó el encargo hasta después de haber recorrido el mundo islámico en

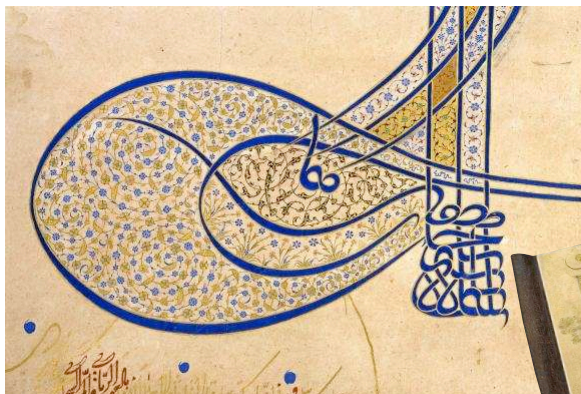


A la izquierda, el enorme ventanal desde el que se observa la bahía de Doha y su línea de rascacielos. Debajo, la estructura angular que sostiene un óculo de 12 metros de diámetro. Arriba a la derecha, la escalera circular de la entrada, y debajo, vista desde la avenida de las Palmeras. Por último, el juego de octógonos y simetrías de Pei.





Vista de la galería dedicada a **Egipto y Siria**, siglos XII y XIII, colección permanente. Abajo, un **decreto imperial del sultán Solimán el Magnífico** (1559-1560), está decorado con tinta, colores y oro en papel. A la derecha, una **caligrafía de Ahmad ibn Ali**, Marruecos (1653-1654).



busca de inspiración. Impresionado por las mezquitas de Córdoba y Damasco, por Fatehpur Sikri, antigua capital mogol, por la fortaleza de Monastir, habría tropezado con las musas en el despojamiento y la sencillez de la fuente del patio central de la mezquita cairota Ahmad Ibn Tulun, del siglo XIII.

Más mezquita que museo, impresión sólo atenuada por las mesas del restaurante del quinto piso, la obra incluso apenas se desvía tres grados respecto de la dirección de La Meca.

Pero si la estructura tiene un tono aéreo, leve, la verdad es que se trata de un desafío técnico. Para combatir el extremo calor —más de 50° en verano— la humedad y la sal marina, las paredes tienen un grosor nada menos que de 1,40 m y acumulan capas de granito —transportado desde Francia en 900 contenedores—, ladrillo y cemento.

DE ESPAÑA A LA INDIA

También Wilmothte movilizó barcos y aviones. El porfirio de los suelos llegó de Argentina y la madera louro faia —trabajada con alvéolos para imitar lo que hacían con el metal los orfebres islámicos del siglo X—, de Brasil.

Con todo, la visita del MAI es concluyente. En total, más de 4.500 obras en colección y más de 700 expuestas. Una panorámica en el tiempo —mil trescientos años de historia— y el espacio —tres continentes—, para una cultura que se extiende desde España hasta la India. En la sala central, sólo 13 objetos, pero todos únicos, como el astrolabio del siglo X con la firma de Hamid ibn al-Jidri, célebre matemático. Se descubren también sedas del siglo XV en un excepcional estado de conservación. A uno y otro extremo, dos alas ilustran la definición del primer piso: lenguaje del ar-

te islámico, elogio de la unidad. Un ala entera consagrada a la caligrafía; otra, a los arabescos...

NOVEDADES EXPOSITIVAS

La inspiración para el segundo piso es el peregrinaje del arte islámico, elogio de la diversidad. Las cerámicas de Badora, del siglo IX, por poner un ejemplo, han viajado de China a Occidente y desde una sala de subastas de Londres, a Doha.

La iluminación, el espacio concedido a cada pieza para poder admirarla en su justo valor, la inteligencia del recorrido, refuerzan la vocación educativa del museo. La revolución está en las 300 vitrinas y los 27 diferentes procedimientos empleados. En todas, por primera vez en un museo, vidrio contra reflejos, el mismo utilizado ya para las gafas, pero nunca empleado en cristales de grandes dimensiones como el de estas vitrinas.

Además, un sistema de pistones ocultos permite alzar y descender los zócalos para que, a cada nueva exposición, los conservadores puedan cambiar las obras sin necesidad de abrir las vitrinas.

Otra característica especial que condicionó el interiorismo es que el arte islámico puede manifestarse tanto en un recipiente diminuto como en un inmenso tapiz colgado en vertical. Por eso, hay nichos de hasta diez metros de altura, y su sistema flexible de iluminación es ajustable a la medida de la obra.

Hay la oportunidad de admirar el enorme tapiz encargado en el siglo XIV por Tamerlán, o Tinur el Cojo, kan de Samarcanda y pariente del mismo Cengiz Kan, o, en el centro, un gran tablero de ajedrez, entretenimiento preferido del Kan, al que jugaba con sus cortesanos sobre el gran tapiz.

Punto y aparte para *El libro de los secretos en el resultado de las ideas*, un manuscrito árabe del ingeniero andaluz del siglo XI Ibn Jalaf al-Muradi,



Ciervo de bronce, procedente de España, mediados del siglo X. **Jarrón**, probablemente de Siria, de finales del siglo XIII. **Astrolabio paraesférico de Hamid ibn al-Khidr al-Khujandi**, procedente de Irán o Iraq (984-985).



A la izquierda, **cuenco** procedente de Basora, Iraq, siglo XIX, a su lado, **plato de Iznik**, Turquía, 1600-1610.

un Da Vinci *avant la lettre*, copiado en 1266 en Toledo y cuya única copia se conserva en la biblioteca Medicea Laurenziana, de Florencia.

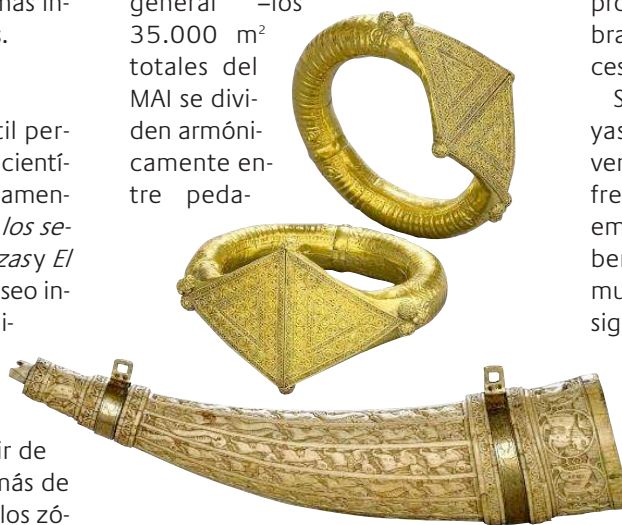
El libro demuestra que los autómatas existían ya en el siglo XI. Pero fue necesario el tesón de una decena de científicos, meses de trabajo y la tecnología del centro de investigaciones italiano *Leonardo3*, especializado en el estudio de la obra de Da Vinci en particular y del Renacimiento en general, además del mecenazgo del emir, para que, por primera vez, el manuscrito fuera transcrito al árabe y luego traducido al italiano, inglés y francés. A partir del texto, los investigadores interpretaron las máquinas imaginadas por anónimas inteligencias de hace diez siglos.

ALTA TECNOLOGÍA

Una pantalla holográfica táctil permite ponerse en la piel de los científicos, que reconstruyeron físicamente dos máquinas del *Libro de los secretos*, *El destructor de fortalezas* y *El reloj*, con tres personajes; el paseo informático por los secretos del libro y el asombro ante las dos reconstrucciones prometen convertir a la sala en un lugar de culto. Las ventajas de partir de cero se notan en el MAI; además de la sofisticación del sistema de los zócalos, en las entrañas del edificio, Wilmotte instaló fibra óptica. Y tanto la perfecta higrometría (55%) como el

control de temperatura permiten exponer raros manuscritos y telas, dibujos frágiles, sin los problemas que se encuentran en los viejos museos.

Llama la atención que los carteles que presentan cada obra sean escuetos hasta la síntesis. La explicación es cultural: en Oriente la cultura se transmite por expresión oral. Y el único texto respetable sería el del Libro, el Corán. Por eso, hay audioguías gratuitas que conducirán al visitante. En inglés, pero también en árabe. Porque una encuesta reciente reveló que al hablarles de arte islámico, los propios nativos de Qatar creían que se trataba de arte religioso. En definitiva, se trata también de una educación general –los 35.000 m² totales del MAI se dividen armónicamente entre peda-



Brazaletes de oro, procedentes de Egipto o Siria, siglo XI. Debajo, un **cuerno de caza**, hallado en Sicilia, de los siglos XI-XII.

gogía y exposiciones– y especializada para la gran demanda de historiadores del arte islámico.

No en vano, no existe hoy casi ningún especialista en arte mogol, uno de los capítulos básicos del arte islámico. Por todo, es también el MAI la punta del iceberg de un proyecto que incluye la rehabilitación del Qatar National Museum, también de Wilmotte, con sus colecciones históricas y folklóricas.

ALGO MÁS QUE MUSEOS

Por otra parte, el emirato trata de lograr un equilibrio entre petrodólares y cultura. Por ello, entre los rascacielos que trepan hasta los 250 metros, al otro lado del agua, justo en frente del MAI, con un obelisco de Nouvel como mascarón de proa y visibles desde el museo gracias al gran ventanal, se observa también el Education City, un campus inventado por la Qatar Foundation, con arquitecturas de Koolhaas e Isozaki,

Los responsables occidentales recuerdan que la mujer del Emir, Cheikha Mozah, situada al frente de la Qatar Foundation y en cuyo sitio web personal, www.mozahbintnasser.qa, recibe solicitudes de financiación de proyectos, suele afirmar que la palabra conocimiento se repite 750 veces en el Corán.

Su hija, la princesa Cheikha al-Mayasa, de 26 años, formada en universidades norteamericanas y hoy al frente del conjunto de museos del emirato, sería la responsable de haber situado a un mismo nivel, en el museo, la caligrafía de un Corán del siglo VIII y un tapiz iraní del XVII que representa a los enamorados Leila y Majnun.

Como en el caso del llamado arte primitivo, que Malraux rebautizó como *artes primeras*, aquella caligrafía o aquel tapiz no representarían una fe ni un sentimiento, sino toda una civilización. 